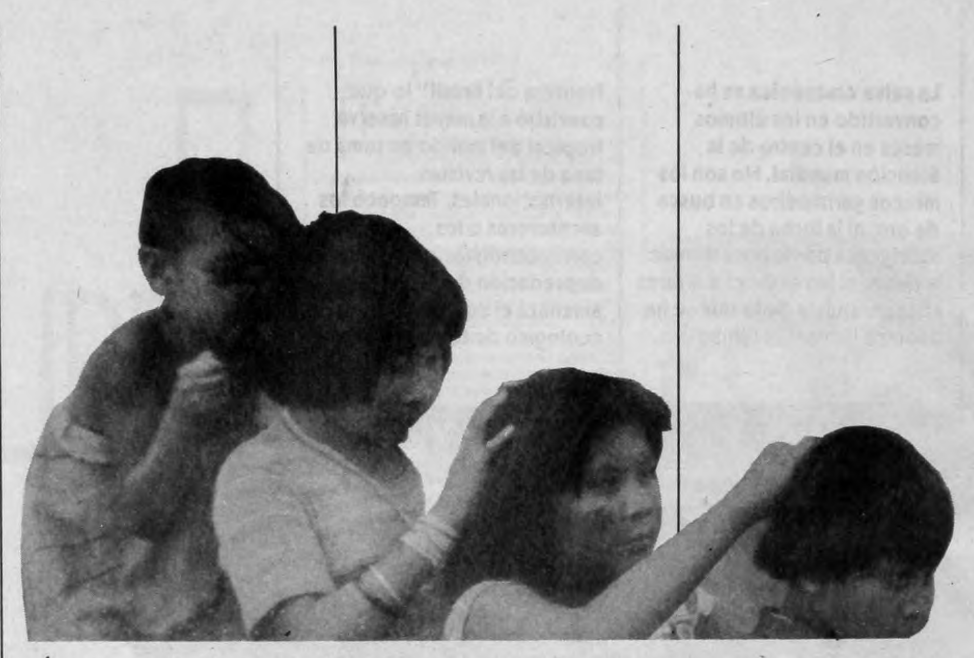
ETC.

La selva amazónica se ha convertido en los últimos meses en el centro de la atención mundial. No son los míticos garimpeiros en busca de oro, ni la lucha de los aborígenes por la posesión de la tierra, ni los avances militares en la conquista de lo que se ha dado en llamar "la última frontera del Brasil" lo que convirtió a la mayor reserva tropical del mundo en tema de tapa de las revistas internacionales. Tampoco los aventureros o los contrabandistas, sino la colosal depredación de la selva que amenaza el equilibrio ecológico de todo el planeta.

Alejandro Elías



QUEIMADA



La atmósfera se recalienta, el nivel de los mares aumenta hasta inundar vastas regiones: países enteros desaparecen. Los patrones de lluvia se modifican en todo el mundo y se pierden cosechas vitales. Más que un relato del Apocalipsis, la descripción forma parte de las especulaciones de los científicos sobre los efectos que podrá tener el progresivo deterioro del medio ambiente. Las señales de alarma ya se encienden en varios puntos cruciales: uno de ellos es el Amazonas. "Una vez que el bosque esté destruido, el clima mundial probablemente cambiará en forma rotunda y mucho más rápido de lo que imaginamos", asegura el meteorólogo brasileño Luis Carlos Molion. Los últimos estudios muestran que anualmente desaparecen ocho millones de hectáreas de bosque tropical, esencial para que el agua vuelva a la atmósfera y para absorber importantes cantidades de dióxido de carbono y sustancias contaminantes. "Contrariamente a lo que nuestros gobernantes piensan —dice José Lutzenberger, ecólogo brasileño—, el problema de Amazonia no es sólo nuestro, no es de soberanía nacional. Es un problema mundial."

La destrucción del Amazonas responde a los caóticos intentos por explotar la región. Desde Henry Ford, que en los años veinte pretendió infructuosamente implantar el cultivo de caucho, el deterioro avanza a pasos acelerados. Una práctica común para despejar terrenos son las *queimadas*, que consisten en provocar olas de fuego que avanzan destruyendo la vegetación: los científicos calcularon que, sólo en 1987, 20 millones de hectáreas fueron devastadas por el fuego. En el periodo seco —entre cinco y seis meses— los fuegos liberaron 620 millones de toneladas de gases carbonos, una cifra equivalente a un 10 por ciento de todas las sustancias contaminantes de la atmósfera mundial. Un informe posterior sugirió que, además, las emanaciones podrían estar contribuyendo al adelgazamiento de la capa de ozono, que absorbe los rayos ultravioleta.





"Amazonia es el aire acondicionado del mundo. Sin él todos sufriremos", dice a la revista *Manchete* Lutzenberger, que en diciembre recibió el Premio Nobel alternativo (The Right Livelihood Award) que otorga una fundación internacional. El "aire acondicionado" es efecto de la evaporación: aproximadamente un 50 por ciento del agua de lluvia que cae en el bosque vuelve a la atmósfera. El fenómeno no se produce en las regiones desérticas, que se van extendiendo en el Amazonas. Lutzenberger habla de "mentiras colosales" que se difunden tanto en su país como en el exterior: "La primera es que son los propios habitantes de Amazonia los responsables de la quema de bosques. Por el contrario, ellos intentan preservar su único bien. Chico Mendes murió en defensa de Amazonia, de sus bosques". Para el científico, el problema de la región se debe a la apertura de rutas, las grandes haciendas de ganado, los polos de colonización, la construcción de grandes depósitos y otros proyectos faraónicos "proporcionados por empresarios del sur, aliados a la tecnocracia multinacional".

Las rutas han demostrado ser un gran peligro para el entorno. Paulo Nogueira Neto, profesor de ecología en la Universidad de San Pablo, explica en *Newsweek* que "las fotografías de la región tomadas por satélites muestran claramente que las zonas más seriamente dañadas en Amazonas tiendenaser áreas donde las carreteras principales están cruzadas por rutas secundarias, como el esqueleto de un pescado". Tal vez la mayor ironía es que tras los intentos por aprovechar la tierra que han tenido tan nefastas consecuencias, queda claro que buena parte del Amazonas no es apta para la agricultura. "Las cenizas producidas por la quema de los bosques —dice Nogueira Neto— contienen muchas de las sustancias nutrientes almacenadas en la materia orgánica de árboles y otras plantas, y pueden mantener una cosecha de cereal, arroz o mandioca por tres o cuatro años. Pero en ese punto las tierras se han agotado o sufrido daños irreparables. Las granjas son entonces abandonadas y los suelos que quedan están demasiado empobrecidos para sostener aun las formas más primitivas de agricultura." También fueron pobres los resultados con el ganado, pese a que el gobierno brasileño invirtió más de mil millones de dólares entre reducciones impositivas y otros subsidios para alentar el establecimiento de haciendas. Gran parte de las tierras se han mostrado ineficaces para mantener el pastoreo a largo plazo.

Esos intentos por desarrollar el Amazonas sumaron al desequilibrio ecológico graves conflictos para la población local, que suele ser desplazada y maltratada. "Las masacres y las injusticias están presentes día a día en la vida de los indios y mulatos, trabajadores del caucho y pequeños buscadores de metales —dicen Lutzenberger—. Ellos tienen pocos mecanismos para luchar por sus derechos. Chico Mendes fue uno de los primeros, pero terminó muerto, a pesar del respaldo internacional que tenía. Lo mismo sucedió con otras personas, asesinadas a manos de los grandes *grileiros* (suerte de capataces), sin que se escribiese una línea en los diarios."

Las soluciones propuestas por los científicos tienden a la reducción de la actividad en la región amazónica: para Nogueira Neto, Brasil debería dedicar no más de un tercio de la región a la agricultura. Más drástico, Lutzenberger cree que "la única solución posible y racional para que se evite la destrucción de la última gran selva contigua de la Tierra más o menos intacta es una moratoria total y sin plazo fijo para cualquier proyecto dentro del bosque".

Es obvio, sin embargo, que se requieren recursos para estudiar la región. Pero la crisis económica brasileña fue un duro golpe para los investigadores, que carecen de los medios más básicos: a menudo han dejado de recorrer las áreas en estudio por falta de combustible para los vehículos. "En tres años no he podido contratar un investigador y hemos perdido tres técnicos agrícolas que se fueron al sector privado", se queja ante *Newsweek* Emeleocipio Andrade, presidente de la división Amazonas del instituto de investigación agrícola de Brasil. Peor aún, las últimas medidas económicas anunciadas por el presidente Sarney determinaron que el Ministerio de Ciencia y Tecnología se convierta en un departamento de Industria y Comercio, con la consiguiente pérdida de personal.

Varios grupos ecologistas y sus simpatizantes —tanto en Brasil como en el exterior— intensifican sus esfuerzos para lograr algún freno a la destrucción del Amazonas, La presión sobre el Banco de Desarrollo Interamericano determinó que se negaran a conceder nuevos créditos para prolongar carreteras hasta tanto se apliquen ciertos resguardos ecológicos. Pero la discusión es compleja, teniento en cuenta que uno de los motivos para promover la explotación del área es buscar nuevos recursos para un país agobiado por la crisis económica. Una y otra vez, el tema de la deuda externa se entrelaza en el debate, llevándolo a un punto ciego. Para Barbara Bramble, jefa de los programas internacionales de la Federación Nacional de Vida Silvestre, "a menos que haya una seria discusión sobre un alivio de la deuda para Brasil, podemos sentarnos y ver cómo se quema el Amazonas".







La atmósfera se recalienta, el nivel de los mares aumenta hasta inundar vastas regiones: países enteros desaparecen. Los patrones de lluvia se modifican en todo el mundo y se pierden cosechas vitales. Más que un relato del Apocalipsis, la descripción forma parte de las especulaciones de los científicos sobre los efectos que podrá tener el progresivo deterioro del medio ambiente. Las señales de alarma ya se encienden en varios puntos cruciales: uno de ellos es el Amazonas. "Una vez que el bosque esté destruido, el clima mundial probablemente cambiará en forma rotunda y mucho más rápido de lo que imaginamos", asegura el meteorólogo brasileño Luis Carlos Molion. Los últimos estudios muestran que anualmente desaparecen ocho millones de hectáreas de bosque tropical, esencial para que el agua vuelva a la atmósfera y para absorber importantes cantidades de dióxido de carbono y sustancias contaminantes. "Contrariamente a lo que nuestros gobernantes piensan —dice José Lutzenberger, ecólogo brasileño—, el problema de Amazonia no es sólo nuestro, no es de soberanía nacional. Es un problema mundial."

La destrucción del Amazonas responde a los caóticos intentos por explotar la región. Desde Henry Ford, que en los años veinte pretendió infructuosamente implantar el cultivo de caucho, el deterioro avanza a pasos acelerados. Una práctica común para despejar terrenos son las *queimadas*, que consisten en provocar olas de fuego que avanzan destruyendo la vegetación: los científicos calcularon que, sólo en 1987, 20 millones de hectáreas fueron devastadas por el fuego. En el período seco —entre cinco y seis meses— los fuegos liberaron 620 millones de toneladas de gases carbonos, una cifra equivalente a un 10 por ciento de todas las sustancias contaminantes de la atmósfera mundial. Un informe posterior sugirió que, además, las emanaciones podrían estar contribuyendo al adelgazamiento de la capa de ozono, que absorbe los rayos ultravioleta.

"Amazonia es el aire acondicionado del mundo. Sin él todos sufriremos", dice a la revista *Manchete* Lutzenberger, que en diciembre recibió el Premio Nobel alternativo (The Right Livelihood Award) que otorga una fundación internacional. El "aire acondicionado" es efecto de la evaporación: aproximadamente un 50 por ciento del agua de lluvia que cae en el bosque vuelve a la atmósfera. El fenómeno no se produce en las regiones desérticas, que se van extendiendo en el Amazonas. Lutzenberger habla de "mentiras colosales" que se difunden tanto en su país como en el exterior: "La primera es que son los propios habitantes de Amazonia los responsables de la quema de bosques. Por el contrario, ellos intentan preservar su único bien. Chico Mendes murió en defensa de Amazonia, de sus bosques". Para el científico, el problema de la región se debe a la apertura de rutas, las grandes haciendas de ganado, los polos de colonización, la construcción de grandes depósitos y otros proyectos faraónicos "proporcionados por empresarios del sur, aliados a la tecnocracia multinacional".

Las rutas han demostrado ser un gran peligro para el entorno. Paulo Nogueira Neto, profesor de ecología en la Universidad de San Pablo, explica en *Newsweek* que "las fotografías de la región tomadas por satélites muestran claramente que las zonas más seriamente dañadas en Amazonas tiendena ser áreas donde las carreteras principales están cruzadas por rutas secundarias, como el esqueleto de un pescado". Tal vez la mayor ironía es que tras los intentos por aprovechar la tierra que han tenido tan nefastas consecuencias, queda claro que buena parte del Amazonas no es apta para la agricultura. "Las cenizas producidas por la quema de los bosques —dice Nogueira Neto— contienen muchas de las sustancias nutrientes almacenadas en la materia orgánica de árboles y otras plantas, y pueden mantener una cosecha de cereal, arroz o mandioca por tres o cuatro años. Pero en ese punto las tierras se han agotado o sufrido daños irreparables. Las granjas son entonces abandonadas y los suelos que quedan están demasiado empobrecidos para sostener aun las formas más primitivas de agricultura." También fueron pobres los resultados con el ganado, pese a que el gobierno brasileño invirtió más de mil millones de dólares entre reducciones impositivas y otros subsidios para alentar el establecimiento de haciendas. Gran parte de las tierras se han mostrado ineficaces para mantener el pastoreo a largo plazo.

Esos intentos por desarrollar el Amazonas sumaron al desequilibrio ecológico graves conflictos para la población local, que suele ser desplazada y maltratada. "Las masacres y las injusticias están presentes día a día en la vida de los indios y mulatos, trabajadores del caucho y pequeños buscadores de metales —dicen Lutzenberger—. Ellos tienen pocos mecanismos para luchar por sus derechos. Chico Mendes fue uno de los primeros, pero terminó muerto, a pesar del respaldo internacional que tenía. Lo mismo sucedió con otras personas, asesinadas a manos de los grandes *grileiros* (suerte de capataces), sin que se escribiese una línea en los diarios."

Las soluciones propuestas por los científicos tienden a la reducción de la actividad en la región amazónica: para Nogueira Neto, Brasil debería dedicar no más de un tercio de la región a la agricultura. Más drástico, Lutzenberger cree que "la única solución posible y racional para que se evite la destrucción de la última gran selva contigua de la Tierra más o menos intacta es una moratoria total y sin plazo fijo para cualquier proyecto dentro del bosque".

Es obvio, sin embargo, que se requieren recursos para estudiar la región. Pero la crisis económica brasileña fue un duro golpe para los investigadores, que carecen de los medios más básicos: a menudo han dejado de recorrer las áreas en estudio por falta de combustible para los vehículos. "En tres años no he podido contratar un investigador y hemos perdido tres técnicos agrícolas que se fueron al sector privado", se queja ante *Newsweek* Emeleocipio Andrade, presidente de la división Amazonas del instituto de investigación agrícola de Brasil. Peor aún, las últimas medidas económicas anunciadas por el presidente Sarney determinaron que el Ministerio de Ciencia y Tecnología se convierta en un departamento de Industria y Comercio, con la consiguiente pérdida de personal.

Varios grupos ecologistas y sus simpatizantes —tanto en Brasil como en el exterior— intensifican sus esfuerzos para lograr algún freno a la destrucción del Amazonas, La presión sobre el Banco de Desarrollo Interamericano determinó que se negaran a conceder nuevos créditos para prolongar carreteras hasta tanto se apliquen ciertos resguardos ecológicos. Pero la discusión es compleja, teniento en cuenta que uno de los motivos para promover la explotación del área es buscar nuevos recursos para un país agobiado por la crisis económica. Una y otra vez, el tema de la deuda externa se entrelaza en el debate, llevándolo a un punto ciego. Para Barbara Bramble, jefa de los programas internacionales de la Federación Nacional de Vida Silvestre, "a menos que haya una seria discusión sobre un alivio de la deuda para Brasil, podemos sentarnos y ver cómo se quema el Amazonas".



AL BORDE DEL APOCALIPSIS



Por Rene Dumont / *Le Monde Diplomatique*

De pronto, un día de septiembre, el señor Bush, en aquel momento candidato a la presidencia de los Estados Unidos, descubrió que el deterioro ambiental podía constituir un buen tema de campaña. Fue uno de los mejores momentos, puesto que resultó espectacular, de su búsqueda de sufragios: se hizo fotografiar en el puerto de Boston, cuyas deficiencias denunció. Responsable: el señor Dukakis, por haber descuidado su propio feudo. A todo eso, Bush aprobó durante ocho años la política más retrógrada que la Casa Blanca haya desarrollado hasta ahora en materia ecológica.

El "golpe" de Boston no debe inspirar ilusiones: aunque la rápida destrucción del planeta ya se encuentra en marcha, la revolución cultural que supondría invertir la situación está lejos de haberse desencadenado.

Sin embargo, lo que falta no son precisamente, desde hace por lo menos dos décadas, advertencias y estudios sobre el tema. Pero hay tanta fe en las virtudes de la acumulación y tan poderosos son los intereses en juego que se necesitaría una aceleración de las catástrofes para que el drama empezara a entrar en el campo del debate democrático. Un ejemplo: Australia, un continente. Un granero inagotable capaz, subpoblado como está, de alimentar a muchos otros países. Al menos, eso era lo que se decía. Grave error: Australia empieza a abrir los ojos, ha sido devastada, sus tierras se han echado a perder, se agotan y, en ciertas regiones, no podrán producir durante 80 años. La cosa no es para mañana.

Ningún rincón del globo ha quedado ya a salvo de ese saqueo desenfrenado. Y sin embargo, como "hay que ser moderno", y como lo que pasa por razonable estrangula con sus sarcasmos a quien se rehusa a compartir la idolatría de la época, hoy se elaboran siniestros tiempos venideros para las generaciones de mañana. Peor aún: los sistemas educacionales forman hoy los espíritus en un molde donde la ciencia, calificada de objetiva, está al servicio de un economicismo vertiginoso.

¿Palabras de rico en momentos en que el hambre y la ignorancia siguen azotando a buena parte de la humanidad? Ese argumento valdría si el tipo de desarrollo dominante no fuese justamente lo que impide a los pueblos afligidos salir de su inhumana situación.

En 1989 se pronunciarán en muchos países millares de discursos sobre los derechos del hombre. Tal vez aún sea tiempo de inscribir en el programa una reflexión sobre el primero de sus deberes: evitar que el planeta termine por parecerse a un gran cementerio bajo la Luna.

En 1970 las Naciones Unidas, inquietas ya por la creciente contaminación ambiental, el despilfarro de recursos naturales no renovables, la explosión demográfica y el avance de los desiertos encomendó la realización de un estudio que fue coordinado por los hoy extintos Barbara Ward y René Dubos. Esa primera advertencia condujo a la creación del Programa de las Naciones Unidas para el Amblente, que tiene su sede en Nairobi. En 1983, la Asamblea General de la ONU confió a Gro Harlem Bruntland (primera ministra, laborista, de Noruega) y a Mansur Khalid, de Sudán, dirigir la realización de un segundo estudio que había de ser llevado a cabo por la Comisión Mundial para el Ambiente y el Desarrollo. El informe de esa comisión, publicado en inglés, en abril de 1987, bajo el título de *Our Common Future* (Nuestro futuro común), tuvo gran repercusión en América del Norte, pero ha sido poco menos que ignorado en Europa continental y sobre todo en Francia.

Hoy la situación es por cierto más dramática que en 1970. A las amenazas, ya reconocidas, de contaminaciones múltiples, lluvias ácidas y agotamiento de recursos no renovables, se agregan dos alteraciones ambientales de alcance mundial que ponen en juego, en un plazo limitado, la existencia misma de la humanidad. La capa de ozono que hay a gran altura nos protege de los rayos ultravioletas, capaces, si se los deja pasar, de provocar cánceres generalizados e incluso la extinción de toda forma de vida. Pero sabemos que esa capa protectora disminuye peligrosamente.

Hoy sabemos con toda certeza que si las tendencias actuales se mantienen, que si no acertamos a reducir rápidamente nuestros derroches de energía, el aumento constante de la temperatura perturbará todos nuestros climas y, por lo tanto, toda la agricultura, a la vez que las lluvias ácidas amenazarán cada vez más nuestros ecosistemas acuáticos y forestales. El consiguiente caldeamiento de las masas de agua de mar aumentará su volumen, lo que agregado a la licuación de los hielos polares elevará el nivel de los océanos, amenazando todas las instalaciones portuarias del mundo, todo los valles bajos y todas las zonas costeras, donde vive un tercio de la población mundial.

El retroceso creciente de los bosques tropicales (cada año desaparecen 11 millones de hectáreas) hará desaparecer cientos de miles de especies vegetales y animales que podrían ser de gran provecho, a la vez que acentúa tanto las sequías como las inundaciones. A su vez, la explosión demográfica, general en el mundo entero y más intensa en Africa, acelera el retroceso de los bosques, así como contribuye a destruir tierras de pastoreo y a deteriorar suelos: la superficie cubierta por desiertos ya aumenta cada año 6 millones de hectáreas en el mundo, y el ritmo amenaza con acelerarse.

Los geólogos estiman que la "civilización de los dinosaurios" dominó nuestro planeta durante 170 millones de años; cada vez se torna más improbable que la civilización del *homo sapiens* logre prolongarse más allá de algunos siglos pues ni siquiera puede hablarse de milenios. La única posibilidad de supervivencia más prolongada exige imperiosamente el rechazo íntegro de nuestra civilización de despilfarro y, por lo tanto, del liberalismo económico, sobre el cual ésta se funda y con el cual se justifica.

Después de 1920, el costo de extracción de un barril de petróleo era en Arabia Saudita de los más modestos; a veces ascendía a algunos centavos de dólar. Ese precio fue una de las bases primordiales de la fijación del precio del carburante, que contribuyó a definir su "precio de producción". Lo cual estimuló un derroche inverosímil de un recurso fósil no renovable, en definitiva tan raro como el diamante si nos ponemos en la perspectiva mundial y en la escala histórica de nuestras necesidades y las que tendrán nuestros descendientes. Los países ricos han acaparado ese artículo de primera necesidad y el sistema económico que lograron imponer a nuestro "pequeño planeta" les permite malgastarlo sin vergüenza.

Ese despilfarro es posible sólo porque los países pobres no tienen "medios" para otro tanto en proporción con su población: ni siquiera disponen de lo necesario para atender sus necesidades más elementales. Como no se extiende en escala mundial, el *american way of life* es, por lo tanto, profundamente inmoral. Y de aquellos que se niegan a incluir la moral en la economía afirmamos que nos conducen a la muerte.

Es verdad que los automóviles sólo gastan en carburantes el 20 por ciento de la energía consumida en los países industrializados. Pero ese cálculo sólo tiene en cuenta los carburantes que van a dar en los tanques de esos coches. Si se agrega la energía consumida en la fabricación y el mantenimiento de los vehículos (minerales, fundición, armado y distribución de las partes, etcétera); si se tienen en consideración la energía gastada en crear y mantener toda la red de transportes de automóviles y también el hecho de que el automóvil ha estimulado la dispersión urbana de poca densidad, etcétera, puede estimarse que el automóvil particular es responsable de la mitad del consumo energético de Norteamérica y los países ricos de Europa.

Nuestra civilización se caracteriza por muchos otros despilfarros, tales como nuestros abundantes productos de utilidad dudosa y peligrosidad segura, nuestros adminículos mecánicos, nuestros superembalajes, nuestros céspedes cortados con máquinas motorizadas, y demás. Todo eso trae por resultado montañas de basura, más o menos tóxicas, que pronto deberemos seleccionar y reciclar, ya que no podremos volcarlas, como algunos trataron recientemente de hacer, en los países más pobres, que esperaron aligerar así el yugo de sus deudas externas.

Los defensores del liberalismo pretenden en general, todavía hoy y contra todas las pruebas, ignorar lo que se refiere al ambiente y las amenazas que supone su deterioro. En 1700, el país más próspero del planeta era tan sólo dos veces más rico que el país más pobre. Desde entonces la economía liberal ha permitido y favorecido el crecimiento monstruoso de las desigualdades. Gracias al "pillaje del Tercer Mundo" hemos podido acrecentar hasta un nivel en lo sucesivo intolerable todos nuestros despilfarros, y he aquí que ahora amenazan a la humanidad entera. Contar con la "infalibilidad" de los mecanismos económicos del mercado o con la generosidad y los buenos sentimientos de los ricos y los poderosos para resolver esos graves problemas, es precisamente lo que nos ha llevado al punto en que estamos: "Al borde del Apocalipsis", según rezaba el título con que *Le Devoir* de Montreal informó sobre la reunión celebrada en Toronto a fines de junio último. No la de los jefes de Estado, sino otra, mucho más importante para el futuro del planeta, que una semana después debatió el mencionado informe Bruntland y el problema de las amenazas para el clima mundial.

Reducir el consumo de combustibles fósiles se ha convertido, pues, en un imperativo de la supervivencia. El mejor medio para llegar a eso consiste en aumentar, progresivamente por cierto, pero rápida y muy considerablemente, el precio. Lo que combinado con anuncios de tarifas pronto prohibitivas, obligará a renunciar a los automóviles de prestigio, poderosos y mortales y, finalmente, a todos los coches particulares. Sería necesario prohibir sin tardanza las carreras de autos, los rallies del tipo París-Dakar. Lo que nos llevará a desarrollar todos los transportes en común y, después, a repensar nuestro urbanismo y, finalmente, toda nuestra civilización. Esa elevación de los precios tornará "rentables" todas las medidas que se adopten para economizar energía, tales como casas mejor aisladas y consumo de todas las energías renovables, como la solar (la más abundante), la eólica, la de pequeñas cascadas, de las mareas, etcétera.

Cuando los nuevos profetas del liberalismo, como Guy Sorman, ignoran todo acerca del ambiente y pretenden resolver todos los problemas económicos mediante la disminución del Estado, e incluso proclaman a voz en cuello la *"derrota de Malthus"* sin preocuparse por demostrarla, se ponen en ridículo ante la publicación del mencionado documento sobre el nexo entre ambiente y desarrollo, texto aprobado, recordémoslo, por el conjunto de la comunidad científica mundial. Suficiente para descalificar la autoridad de los liberales.

Domingo 5 de febrero de 1989

AL BORDE DEL APOCALIPSIS


AFP

Por Rene Dumont / *Le Monde Diplomatique*

De pronto, un día de septiembre, el señor Bush, en aquel momento candidato a la presidencia de los Estados Unidos, descubrió que el deterioro ambiental podía constituir un buen tema de campaña. Fue uno de los mejores momentos, puesto que resultó espectacular, de su búsqueda de sufragios: se hizo fotografiar en el puerto de Boston, cuyas deficiencias denunció. Responsable: el señor Dukakis, por haber descuidado su propio feudo. A todo eso, Bush aprobó durante ocho años la política más retrógrada que la Casa Blanca haya desarrollado hasta ahora en materia ecológica.

El "golpe" de Boston no debe inspirar ilusiones: aunque la rápida destrucción del planeta ya se encuentra en marcha, la revolución cultural que supondría invertir la situación está lejos de haberse desencadenado.

Sin embargo, lo que falta no son precisamente, desde hace por lo menos dos décadas, advertencias y estudios sobre el tema. Pero hay tanta fe en las virtudes de la acumulación y tan poderosos son los intereses en juego que se necesitaría una aceleración de las catástrofes para que el drama empezara a entrar en el campo del debate democrático. Un ejemplo: Australia, un continente. Un granero inagotable capaz, subpoblado como está, de alimentar a muchos otros países. Al menos, eso era lo que se decía. Grave error: Australia empieza a abrir los ojos, ha sido devastada, sus tierras se han echado a perder, se agotan y, en ciertas regiones, no podrán producir durante 80 años. La cosa no es para mañana.

Ningún rincón del globo ha quedado ya a salvo de ese saqueo desenfrenado. Y sin embargo, como "hay que ser moderno", y como lo que pasa por razonable estrangula con sus sarcasmos a quien se rehusa a compartir la idolatría de la época, hoy se elaboran siniestros tiempos venideros para las generaciones de mañana. Peor aún: los sistemas educacionales forman hoy los espíritus en un molde donde la ciencia, calificada de objetiva, está al servicio de un economicismo vertiginoso.

¿Palabras de rico en momentos en que el hambre y la ignorancia siguen azotando a buena parte de la humanidad? Ese argumento valdría si el tipo de desarrollo dominante no fuese justamente lo que impide a los pueblos afligidos salir de su inhumana situación.

En 1989 se pronunciarán en muchos países millares de discursos sobre los derechos del hombre. Tal vez aún sea tiempo de inscribir en el programa una reflexión sobre el primero de sus deberes: evitar que el planeta termine por parecerse a un gran cementerio bajo la Luna.

En 1970 las Naciones Unidas, inquietas ya por la creciente contaminación ambiental, el despilfarro de recursos naturales no renovables, la explosión demográfica y el avance de los desiertos encomendó la realización de un estudio que fue coordinado por los hoy extintos Barbara Ward y René Dubos. Esa primera advertencia condujo a la creación del Programa de las Naciones Unidas para el Ambiente, que tiene su sede en Nairobi. En 1983, la Asamblea General de la ONU confió a Gro Harlem Bruntland (primera ministra, laborista, de Noruega) y a Mansur Khalid, de Sudán, dirigir la realización de un segundo estudio que había de ser llevado a cabo por la Comisión Mundial para el Ambiente y el Desarrollo. El informe de esa comisión, publicado en inglés, en abril de 1987, bajo el título de *Our Common Future* (Nuestro futuro común), tuvo gran repercusión en América del Norte, pero ha sido poco menos que ignorado en Europa continental y sobre todo en Francia.

Hoy la situación es por cierto más dramática que en 1970. A las amenazas, ya reconocidas, de contaminaciones múltiples, lluvias ácidas y agotamiento de recursos no renovables, se agregan dos alteraciones ambientales de alcance mundial que ponen en juego, en un plazo limitado, la existencia misma de la humanidad. La capa de ozono que hay a gran altura nos protege de los rayos ultravioletas, capaces, si se los deja pasar, de provocar cánceres generalizados e incluso la extinción de toda forma de vida. Pero sabemos que esa capa protectora disminuye peligrosamente.

Hoy sabemos con toda certeza que si las tendencias actuales se mantienen, que si no acertamos a reducir rápidamente nuestros derroches de energía, el aumento constante de la temperatura perturbará todos nuestros climas y, por lo tanto, toda la agricultura, a la vez que las lluvias ácidas amenazarán cada vez más nuestros ecosistemas acuáticos y forestales. El consiguiente caldeamiento de las masas de agua de mar aumentará su volumen, lo que agregado a la licuación de los hielos polares elevará el nivel de los océanos, amenazando todas las instalaciones portuarias del mundo, todo los valles bajos y todas las zonas costeras, donde vive un tercio de la población mundial.

El retroceso creciente de los bosques tropicales (cada año desaparecen 11 millones de hectáreas) hará desaparecer cientos de miles de especies vegetales y animales que podrían ser de gran provecho, a la vez que acentúa tanto las sequías como las inundaciones. A su vez, la explosión demográfica, general en el mundo entero y más intensa en Africa, acelera el retroceso de los bosques, así como contribuye a destruir tierras de pastoreo y a deteriorar suelos: la superficie cubierta por desiertos ya aumenta cada año 6 millones de hectáreas en el mundo, y el ritmo amenaza con acelerarse.

Los geólogos estiman que la "civilización de los dinosaurios" dominó nuestro planeta durante 170 millones de años; cada vez se torna más improbable que la civilización del *homo sapiens* logre prolongarse más allá de algunos siglos pues ni siquiera puede hablarse de milenios. La única posibilidad de supervivencia más prolongada exige imperiosamente el rechazo íntegro de nuestra civilización de despilfarro y, por lo tanto, del liberalismo económico, sobre el cual ésta se funda y con el cual se justifica.

Después de 1920, el costo de extracción de un barril de petróleo era en Arabia Saudita de los más modestos; a veces ascendía a algunos centavos de dólar. Ese precio fue una de las bases primordiales de la fijación del precio del carburante, que contribuyó a definir su "precio de producción". Lo cual estimuló un derroche inverosímil de un recurso fósil no renovable, en definitiva tan raro como el diamante si nos ponemos en la perspectiva mundial y en la escala histórica de nuestras necesidades y las que tendrán nuestros descendientes. Los países ricos han acaparado ese artículo de primera necesidad y el sistema económico que lograron imponer a nuestro "pequeño planeta" les permite malgastarlo sin vergüenza.

Ese despilfarro es posible sólo porque los países pobres no tienen "medios" para otro tanto en proporción con su población: ni siquiera disponen de lo necesario para atender sus necesidades más elementales. Como no se extiende en escala mundial, el *american way of life* es, por lo tanto, profundamente inmoral. Y de aquellos que se niegan a incluir la moral en la economía afirmamos que nos conducen a la muerte.

Es verdad que los automóviles sólo gastan en carburantes el 20 por ciento de la energía consumida en los países industrializados. Pero ese cálculo sólo tiene en cuenta los carburantes que van a dar en los tanques de esos coches. Si se agrega la energía consumida en la fabricación y el mantenimiento de los vehículos (minerales, fundición, armado y distribución de las partes, etcétera); si se tienen en consideración la energía gastada en crear y mantener toda la red de transportes de automóviles y también el hecho de que el automóvil ha estimulado la dispersión urbana de poca densidad, etcétera, puede estimarse que el automóvil particular es responsable de la mitad del consumo energético de Norteamérica y los países ricos de Europa.

Nuestra civilización se caracteriza por muchos otros despilfarros, tales como nuestros abundantes productos de utilidad dudosa y peligrosidad segura, nuestros adminículos mecánicos, nuestros superembalajes, nuestros céspedes cortados con máquinas motorizadas, y demás. Todo eso trae por resultado montañas de basura, más o menos tóxicas, que pronto deberemos seleccionar y reciclar, ya que no podremos volcarlas, como algunos trataron recientemente de hacer, en los países más pobres, que esperaron aligerar así el yugo de sus deudas externas.

Los defensores del liberalismo pretenden en general, todavía hoy y contra todas las pruebas, ignorar lo que se refiere al ambiente y las amenazas que supone su deterioro. En 1700, el país más próspero del planeta era tan sólo dos veces más rico que el país más pobre. Desde entonces la economía liberal ha permitido y favorecido el crecimiento monstruoso de las desigualdades. Gracias al "pillaje del Tercer Mundo" hemos podido acrecentar hasta un nivel en lo sucesivo intolerable todos nuestros despilfarros, y he aquí que ahora amenazan a la humanidad entera. Contar con la "infalibilidad" de los mecanismos económicos del mercado o con la generosidad y los buenos sentimientos de los ricos y los poderosos para resolver esos graves problemas, es precisamente lo que nos ha llevado al punto en que estamos: "Al borde del Apocalipsis", según rezaba el título con que *Le Devoir* de Montreal informó sobre la reunión celebrada en Toronto a fines de junio último. No la de los jefes de Estado, sino otra, mucho más importante para el futuro del planeta, que una semana después debatió el mencionado informe Bruntland y el problema de las amenazas para el clima mundial.

Reducir el consumo de combustibles fósiles se ha convertido, pues, en un imperativo de la supervivencia. El mejor medio para llegar a eso consiste en aumentar, progresivamente por cierto, pero rápida y muy considerablemente, el precio. Lo que combinado con anuncios de tarifas pronto prohibitivas, obligará a renunciar a los automóviles de prestigio, poderosos y mortales y, finalmente, a todos los coches particulares. Sería necesario prohibir sin tardanza las carreras de autos, los rallies del tipo París-Dakar. Lo que nos llevará a desarrollar todos los transportes en común y, después, a repensar nuestro urbanismo y, finalmente, toda nuestra civilización. Esa elevación de los precios tornará "rentables" todas las medidas que se adopten para economizar energía, tales como casas mejor aisladas y consumo de todas las energías renovables, como la solar (la más abundante), la eólica, la de pequeñas cascadas, de las mareas, etcétera.

Cuando los nuevos profetas del liberalismo, como Guy Sorman, ignoran todo acerca del ambiente y pretenden resolver todos los problemas económicos mediante la disminución del Estado, e incluso proclaman a voz en cuello la *"derrota de Malthus"* sin preocuparse por demostrarla, se ponen en ridículo ante la publicación del mencionado documento sobre el nexo entre ambiente y desarrollo, texto aprobado, recordémoslo, por el conjunto de la comunidad científica mundial. Suficiente para descalificar la autoridad de los liberales.

EL LIBRO DE LA SELVA

Este texto fue el último escrito por el líder sindical y ecologista Francisco (Chico) Mendes, antes de ser asesinado el 22 de diciembre de 1988 en la localidad de Xapuri, en el estado de Acre, por pistoleros profesionales. El crimen tuvo resonancia mundial, porque Mendes era conocido fuera del Brasil por



la teoría de "las reservas extractivistas", solución considerada inclusive por el Banco Mundial como la más viable para salvar la selva amazónica de la destrucción.

Por Francisco Mendes Filho

Desde hace siglos, el Amazonas despierta interés y curiosidad en todo el mundo. Fueron cientos los que penetraron en aquella región, prácticamente desde el descubrimiento de Brasil, comandando expediciones en busca de riqueza fácil. Esa búsqueda atrajo hacia la región un flujo migratorio cada vez mayor. Muchos iban y no volvían, despertando cada vez más curiosidad. Otros iban y volvían contando maravillas, acrecentando ese sentimiento.

Los buscadores de caucho comenzaron a penetrar el Amazonas a mediados del siglo pasado y desde esa época lo ocupan y lo hacen producir económicamente sin destruirlo. Su presencia se tornó más importante en la región a partir de la demanda de goma natural suscitada con la revolución industrial y el descubrimiento del proceso de vulcanización. Sufrieron la primera gran crisis en 1912, cuando entró en el mercado la goma natural producida a partir de los cultivos desarrollados por los ingleses en Malasia y el sudeste asiático.

Durante la Segunda Guerra se valorizó nuevamente la produción de goma del Amazonas, a raíz del cierre de los puertos en la región asiática, dominada por los japoneses. Se creó entonces la figura del "soldado de goma", con el traslado de millares de brasileños del nordeste para la reocupación de las plantaciones de caucho del Amazonas, prácticamente vacías en función de la escasa demanda de goma de esta región desde 1912.

Todo ese proceso de "ocupación" del Amazonas fue terriblemente dañino para la población de la región: los indios fueron paulatinamente "empujados" para zonas más alejadas, mientras grandes propietarios de tierras en la región promovían verdaderas masacres.

La lucha por la selva

Los buscadores de caucho, desde las primeras épocas de la ocupación del Amazonas, usaron la selva y la hicieron producir sin destruirla. Su gran desventaja era que, en función de una situación de extremo sometimiento a los "patrones", terminaban vendiendo su producción a precios bajísimos, al mismo tiempo que compraban sus alimentos por cifras exorbitantes. Una de las prohibiciones a los buscadores de caucho, que aún persiste en algunas regiones, es la de realizar sembrados, ni siquiera para sobrevivir. Esa era una forma con la que los patrones garantizaban su total dependencia, además de comprometerlos para la compra de prácticamente todo lo que necesitaban.

Pero a partir de un trabajo de "liberación" que llegó con la organización sindical en la zona amazónica durante la década del 70, los buscadores de caucho de toda una región (la del valle del río Acre), pasaron a ser "buscadores de caucho libres", con el derecho a desarrollar su agricultura. Esa práctica en lugar de ser destructiva, siempre se desarrolló en busca del equilibrio y el respeto a las plantaciones de caucho y de castaño.

Con la política de "integrar para no entregar", desarrollada en los inicios de la década del 70 —en el gobierno militar de Garrastazú Medici—, se promovió y se promueve una verdadera corriente de migración de millares de personas del centro-sur del país para el Amazonas, aumentando la destrucción forestal de la región. Todo este flujo tuvo drásticas consecuencias para los buscadores de caucho: con la venta de las plantaciones tradicionales a los grandes grupos empresariales del centro-sur, interesados en la tierra para su explotación inmobiliaria (por lo tanto libre de asentamientos), se inició una práctica de expulsión, la mayoría de las veces violenta. Los buscadores de caucho tuvieron que irse, tanto hacia las periferias urbanas como para Bolivia, donde hoy existe un número impresionante de trabajadores brasileños en las plantaciones. Ni siquiera el gobierno boliviano puede precisar cuántos miles de brasileños ocupan áreas de producción de caucho en ese país. Algunos hablan de 15 mil familias, otros de 40 mil personas. Apenas se sabe que son millares los que viven, inclusive clandestinamente, en Bolivia, en condiciones infrahumanas y de extrema explotación.

En la lucha en defensa del derecho de continuar siendo buscadores de caucho, muchos murieron, tanto en los comienzos de la década del 70, como en la del 80 cuando los conflictos se hicieron aún más duros.

En Xapuri, este año, un trabajador fue asesinado en emboscada y otros dos resultaron heridos en un atentado en la sede del IBDF (Instituto Brasileño de Desarrollo Forestal), en mayo.

AFP



Chico Mendes en familia, poco antes de ser asesinado por pistoleros.
El líder sindical y ecologista planteó la lucha contra la muerte del Amazonas.

Las propuestas de los caucheros

En 1985, los buscadores de caucho del Amazonas se reunieron por primera vez en un encuentro nacional, realizado en Brasilia. A partir de ese encuentro, crearon el Consejo Nacional de Buscadores de Caucho y levantaron una bandera que es la dirección de todos los trabajadores hasta hoy: la implantación inmediata de las reservas extractivistas. A partir de esa propuesta, hoy muy trabajada, los buscadores de caucho quieren defender el derecho a trabajar y defender la selva amazónica.

Las reservas extractivistas garantizan aún el derecho de los buscadores de caucho a la educación, la salud y el ocio, como también la comercialización de la producción, incluida la diversificación de la misma, con un mejor aprovechamiento del potencial de la selva, y de los productos forestales, tales como hierbas medicinales, aceites vegetales, etc. Ahora lo más importante es garantizar que la selva sea un área inmune a la penetración destructiva de los grandes grupos empresariales, principalmente los madereros, que ya devastaron 25 por ciento del territorio del estado de Rondonia en menos de 10 años. La cría de ganado también ha resultado una actividad extremadamente predatoria y que no produce ganancias a los que invierten en esta actividad: sólo es lucrativa por los grandes incentivos y facilidades crediticias de los organismos gubernamentales responsables por el "desarrollo" de la región.

El desarrollo de investigaciones sobre el potencial de la selva, así como las mejoras y las formas de utilización no predatorias, y la garantía del mercado a los productos de la selva son, de enorme importancia para los caucheros. Es preciso invertir en todo esto. La garantía de la prohibición de cualquier actividad predatoria en la región, así como la efectiva suspensión definitiva de los financiamientos e incentivos oficiales a esas actividades son fundamentales para que se reduzca al mínimo el proceso de destrucción acelerada del Amazonas. El "progreso" que se proclama debe respetar las particularidades y las poblaciones regionales.

Los financiamientos externos deben colocarse bajo el control de la población de buscadores de caucho e indios de la región, normalmente los más golpeados por tales financiamientos.

La integración macrorregional, tan predicada también, debe ser analizada desde la óptica de las poblaciones regionales que la consideran importante, pero que creen que esa integración no necesariamente comienza con la construcción de grandes rutas, como quieren los gobernantes.

Es preciso mirar con mucha preocupación el interés de Japón de invertir millones de dólares en la región... Todos saben que ese país es uno de los mayores consumidores de maderas tropicales del mundo.

AFP

